



VITA CHRISTI

5. LA RESURRECCIÓN DE NUESTRO SEÑOR¹

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Acabada ya la batalla de la Pasión, cuando aquel dragón rabioso pensó que había alcanzado la victoria sobre el Cordero, comenzó a resplandecer en su ánimo la potencia de su divinidad, con la cual nuestro león fortísimo descendió a los infiernos, venció y prendió aquel fuerte armado, y lo despojó de aquella rica presa que tenía cautiva, para que –pues el tirano había acometido a la cabeza sin derecho contra ella– perdiese por vía de justicia el que parecía tener sobre sus miembros.

Entonces el verdadero Sansón muriendo mató a sus enemigos (cf. Jue 16,23-31), entonces el Cordero sin mancilla con la sangre de su testamento sacó sus prisioneros del lago donde no había agua y entonces amaneció aquella deseada y nueva luz a los que moraban en la región de las tinieblas y sombra de la muerte.

Y habida esta victoria al tercer día el Autor de la vida, vencida la muerte, resucitó de entre los muertos, y así salió el verdadero José de la cárcel del infierno por voluntad y mandamiento del Rey soberano, trasquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura e inmortalidad (cf. Gn 39,1-41,45; 1 Pe 3,19-20).

Aquí tienes que considerar la alegría de todos los aparecimientos que intervinieron en este día tan glorioso. Conviene saber: la alegría de aquellos padres del limbo, que tantos años esperaron y suspiraron por este día; la alegría de la Virgen, que tanto padeció el día de la Pasión, y tanto se alegró el de la Resurrección; la alegría de las Marías, especialmente de la bienaventurada Magdalena, que tanto amaba a este Señor y tanto se alegró de verle resucitado; la alegría también de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolación recibieron al verle; y con esto ruega al Señor te dé a sentir alguna parte de lo que ellos este día sintieron.

¹ Publicado en *Vida Sobrenatural*, 92 (2012) 227-235.

Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 393-396.398-399. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original.





Y no sólo esta vez, más otras muchas veces y de otras maneras se les apareció el Señor por espacio de cuarenta días, comiendo y bebiendo con ellos (cf. Lc 24,1-49; Jn 20,1-21,25), para que con estos argumentos confirmase nuestra fe, y con sus promesas esforzase nuestra esperanza, y con los dones que del cielo nos enviase, encendiese nuestra caridad.

LA SUBIDA A LOS CIELOS

Acabados estos cuarenta días, sacó el Señor a sus discípulos fuera de la ciudad al monte Olivete, y despidiéndose allí dulcemente de ellos y de su benditísima Madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandeciente (cf. Mt 28,16-20).

Y de esta manera, abriéndonos camino para el cielo, llevó consigo sus prisioneros e introdujo los desterrados en su Reino, haciéndolos ciudadanos de los ángeles y domésticos de la casa de Dios. Y así como en este mundo nos ayudó con sus sacrificios, así allí nos ayuda con sus oraciones, haciendo en la tierra oficio de redentor y en el cielo de abogado. Porque tal convenía que fuese nuestro Sacerdote: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más alto que los cielos. El cual, sentado a la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando desde aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia y repartiendo diversos dones a los hombres para hacerlos semejantes a sí.

Por donde así como Él –que es nuestra cabeza– fue en este mundo afligido y martirizado con diversos sacrificios, así también quiere Él que lo sea su cuerpo, para que no haya deformidad ni desproporción entre la cabeza y los miembros. Porque grande fealdad sería, si estando la cabeza cubierta de espinas, los miembros fuesen delicados. Por esta causa fueron tan atribulados todos los santos desde el principio del mundo, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y los monjes, los cuales todos fueron ejercitados, afligidos y purgados con diversas tribulaciones y diversos sacrificios.

Y por esta misma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo hasta el día del juicio –ordenándolo Él así desde lo alto– los cuales después con el Profeta cantarán diciendo: «*Pasamos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, a refrigerio*» (Sal 65,12). De esta manera, sentado nuestro Sacerdote en aquella silla, gobierna este cuerpo místico de su Iglesia.

Gracias pues te dé, oh eterno Padre, toda lengua por esta tan grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo para que fuese por una parte nuestro gobernador y





por otra nuestro abogado, porque tales y tantas eran nuestras culpas, y tales y tantas nuestras miserias, que otro que Él no era bastante para remediarlas.

LA VENIDA A JUICIO

Después de esta subida al cielo, testificaron los ángeles en aquella hora que de la misma manera volvería otra vez este Señor a juzgar el mundo (cf. Mt 25,31-46).

Considera, pues, las terribles señales que precederán este juicio, las cuales habrá en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la mar, y en la tierra, donde andarán los hombres atónitos y adelgazados de muerte con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo.

Mirra el sonido de aquella terrible trompeta que sonará por todas las regiones del mundo, y aquella voz del Arcángel que dirá: «Levantaos, muertos, y venid a juicio» (cf. 1 Tes 4,16). Mira el espanto que será resucitar todos los muertos, unos de la mar y otros de la tierra, con aquellos mismos cuerpos que en este mundo tuvieron, para recibir en ellos según el mal o bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será que estando los cuerpos de los muertos unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de peces y otros de los mismos hombres, de allí sabrá Dios entresacar, al cabo de tantos años, lo que es propio de cada cuerpo, sin que se confunda lo uno con lo otro.

Piensa en la venida temerosa del Juez y en el espanto que los malos recibirán cuando lo vean venir con tanta gloria, pues dirán entonces a los montes que caigan sobre ellos y los cubran para no comparecer delante de Él.

Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos a la mano derecha, y los soberbios y desobedientes a la izquierda, y el espanto que los grandes de este mundo recibirán cuando vean allí los humildes y pobrecitos que ellos despreciaron levantados a tanta gloria.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá, pues nos consta por texto expreso del Evangelio que hasta de una palabra ociosa se ha de dar cuenta en aquel juicio (cf. Mt 12,36). Mete pues la mano en tu seno, y vuelve los ojos a toda la vida pasada, y acuérdate que todo el proceso y todas las torpezas que de ella han de ser pregonadas y publicadas en aquella plaza.

Por último considera el trueno de aquella irrevocable sentencia que dirá: «*Id, malditos, al fuego eterno, que esta aparejado para Satanás y para todos sus ángeles. Porque tuve hambre y no me distes de comer, sed, y no me distes de beber...*» (Mt 25,41-42). Donde verás el valor de las obras de misericordia y la alegría y





Textos de espiritualidad dominicana

contentamiento que allí recibirá el que aquí fue largo para con sus prójimos y, por el contrario, el tormento que recibirá el que, por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí despedido del Reino del cielo.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO

Después de esta sentencia irán los justos a la vida eterna, y los malos al fuego eterno (cf. Mt 25,31-46).

Pues para entender la condición de esta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los santos para esto nos dejaron. Imagina, pues, que el infierno es una oscuridad y un caos horribilísimo, y un lago que está debajo de la tierra abominabilísimo, y un pozo profundísimo lleno de llamas de fuego. Imagina también que es una ciudad horrible y oscura, la cual está ardiendo con terribles llamas, cuyos moradores están día y noche rompiendo el cielo con alaridos y desesperaciones, por la grandeza de los dolores que en ella padecen.

Piensa luego en la crueldad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duración de éstas. La crueldad de estas penas se describe por el crujir de clientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escritura que hay (cf. Mt 25,30).

DE LA GLORIA DEL PARAÍSO

Para contemplar la gloria que se da a los buenos, debes también imaginar el lugar de ella según las semejanzas con que los santos lo describen, conformándose en esto con nuestra capacidad.

Imagina, pues, una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa.

Imagina un campo llano, espaciosísimo y hermosísimo, lleno de todas las flores y plantas que se pueden pensar, donde hay perpetuo verano y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad.

Después de esto mira primeramente qué gloria será ver aquella beatísima Trinidad, que es un perfectísimo dechado donde resplandece toda hermosura, toda bondad y toda suavidad, en cuya visión tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que desees, según la medida que te cupiere de gloria. Éste es al libro que llaman «de





Textos de espiritualidad dominicana

la vida»², cuyo origen es eterno, cuya sentencia es incorruptible, cuyo conocimiento es vida, cuya doctrina es fácil, cuya ciencia es dulce, cuya profundidad no se puede medir, cuya escritura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar.

Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras ésta, que es la visión clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fue crucificada en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo, pues en esto hacemos ventaja a los ángeles, en que el común Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre y no ángel, aunque Él sea todo en todas las cosas.

Mira después el gozo que el ánima recibirá de la compañía y vista de la gloriosa Virgen, señora y abogada nuestra, y de todos los otros santos, apóstoles, profetas, mártires, confesores y vírgenes, que son innumerables, de cuyos gozos gozarás tu también con ellos, por la grandeza de la caridad que allí reina, y así lo que no tuvieres tú en ti, tendrás en ellos.

Considera también aquellas cuatro singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los santos en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas a quien sirvieron, que son: inmortalidad, impassibilidad, ligereza y hermosura tan grande, que no se puede explicar. Y no son menores las dotes de las ánimas, que son: plenitud de sabiduría en el entendimiento con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad con destierro de toda tristeza.

De estas dotes se siguen otros innumerables bienes porque aquí se sigue seguridad, para lo cual no temerás ni ser vencido por la tentación, ni ser jamás despedido de tan hermosa compañía. De aquí también nace suma libertad, y sanidad, y suavidad, y amistad, y honra, y concordia, y finalmente todos los bienes, porque allí habrá todo lo que quisieres, y no habrá lo que no quisieres.

¡Oh bienaventurado Reino, donde con Cristo reinan todos los santos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad, el cual ni se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la desigualdad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento ni se altera con el tiempo, que altera todas las cosas!

² Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 24: «De libro vitae».





DE LA MEMORIA DE LA MUERTE

Antes de estas tres cosas sobredichas –que son juicio, paraíso e infierno– precede la muerte, que es camino y puerta para ellas, y así no menos aprovecha la meditación de ésta que las demás.

Pues para esto considera primeramente cuán incierta sea la hora de esta muerte, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está más descuidado y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladrón, el cual suele venir al tiempo que los hombres están mis seguros y más dormidos (cf. Mt 24,37-44).

Piensa luego todo lo que precede la muerte, y lo que interviene en la muerte, y lo que se sigue después de ella: el juicio final. Y para que mejor entiendas cada cosa de éstas, imagina que tú eres el que has de morir –pues a la verdad has de morir– y piensa desde ahora todo esto que por ti ha de pasar.

FRAY LUIS DE GRANADA

